



CAYO ESQUELETO

ANTHONY HOROWITZ

Alex Rider,
el superespía adolescente



Tiburones. Asesinos. Bombas nucleares... y un diabólico plan para destruir el mundo.

Alex Rider, involuntario superespía adolescente, le es útil al MI6 —el servicio secreto británico— de un modo en el que un adulto nunca podría serlo. Y ahora necesitan su ayuda una vez más.

Sin embargo, una rutinaria misión de reconocimiento en los campeonatos de tenis de Wimbledon pone en marcha una terrible cadena de acontecimientos que obliga a Alex a huir de las sangrientas tríadas chinas. Forzado a esconderse, Alex es enviado a Cayo Esqueleto, una isla cerca de Cuba. Pero allí lo está esperando el general Alexei Sarov, un ruso loco de fría inteligencia y con un maquiavélico plan para reescribir la historia.

Alex se enfrenta al más peligroso de los retos. Solo, equipado únicamente con un puñado de ingeniosos aparatos, Alex debe ser más listo que Sarov, mientras los segundos corren hacia el fin del mundo.

Para B. B.

1. En la oscuridad

LA noche cayó súbitamente sobre Cayo Esqueleto. El sol se quedó colgado durante un instante sobre el horizonte, después se hundió. Enseguida aparecieron las nubes; primero rojas, luego malvas, plateadas, verdes y negras; como si todos los colores del mundo se hubieran fundido en un gran crisol. Un solitario pájaro fragata graznó sobre los manglares, con sus colores difuminados por las primeras sombras. Amenazaba lluvia. Estaba a punto de desatarse una tormenta.

El avión Cessna Skyhawk SP dio dos vueltas antes de aterrizar. Era la clase de avión que apenas llamaba la atención al volar sobre esa parte del mundo. Por eso lo habían elegido. Si alguien hubiera sido lo bastante curioso como para buscar el número identificativo pintado bajo las alas, se hubiera dado cuenta de que ese avión pertenecía a una empresa fotográfica afincada en Jamaica. Tal cosa no era verdad. No existía tal empresa y ya estaba demasiado oscuro como para sacar fotos.

Había tres hombres en el avión. Todos de piel morena, vestidos con viejos vaqueros y camisas sueltas de cuello abierto. El piloto tenía largo pelo negro, ojos castaños y profundos, y una delgada cicatriz que cruzaba un lado de su rostro. Había recogido a sus pasajeros aquella misma tarde. Se habían presentado como Carlo y Marc, pero dudaba de que esos fueran sus verdaderos nombres. Sabía que su viaje había comenzado hacía tiempo, en algún lugar de Eu-

ropa Oriental. También sabía que aquel vuelo corto era la parte final del viaje. Y también conocía lo que ellos llevaban. Lo cierto es que sabía demasiado.

El piloto echó una ojeada a la pantalla multiusos del panel de control. La pantalla luminosa del ordenador le estaba avisando de que se acercaba la tormenta. Eso no le preocupaba. Las nubes bajas y la lluvia le darían protección. Las autoridades se mostraban menos vigilantes durante las tormentas. Aun así, estaba nervioso. Había volado a Cuba muchas veces, pero nunca allí. Y esa noche hubiera preferido estar en cualquier lugar menos en ese.

Cayo Esqueleto.

Allí estaba la isla, desplegándose ante sus ojos, treinta y ocho kilómetros de largo por nueve en su parte más ancha. El mar circundante, que había sido de un azul extraordinario y brillante solo unos minutos antes, se había oscurecido repentinamente, como si alguien hubiera pulsado un interruptor. Hacia el este, pudo ver las luces parpadeantes de Puerto Madre, la segunda ciudad más grande de la isla. El aeropuerto principal estaba más al norte, en las afueras de Santiago, la capital. Pero no era hacia allí hacia donde se dirigía. Empujó el mando y el avión se desvió hacia la derecha, contorneando sobre los bosques y manglares que rodeaban el viejo y abandonado aeropuerto situado en el extremo de la isla.

El Cessna estaba equipado con un intensificador térmico, parecido a los que usaban los satélites espías norteamericanos. Apretó un interruptor y observó la pantalla. Unos pocos pájaros aparecieron en forma de puntitos rojos. Había dos motas más latiendo sobre el manglar. Cocodrilos, o quizá manatíes. Y había una sola mancha a unos treinta metros de la pista. Se giró para comentárselo al hombre llamado Carlo, pero no fue necesario. Carlo estaba ya observando sobre su hombro, contemplando la pantalla.

Carlo movió la cabeza. Había un solo hombre esperándolos, tal y como habían convenido. El sensor habría dela-

tado a cualquiera que estuviese oculto en un radio de cien metros del aeropuerto. Podían aterrizar.

El piloto miró por la ventanilla; allí estaba la pista. Era una tosca cinta de tierra al borde de la costa, arrancada a la jungla y que corría paralela al mar. El piloto podría haberla pasado por alto a la luz del crepúsculo, pero las dos líneas de bombillas encendidas a ambos lados marcaban el camino al avión.

El Cessna descendió. En el último instante se vio sacudido por una borrasca repentina y lluviosa que parecía enviada para probar los nervios del piloto. Pero este no flaqueó y un instante más tarde las ruedas tocaban el suelo y el avión fue rebotando y estremeciéndose a lo largo de la pista, justo entre las dos filas de luces. Dio las gracias a que estuviesen ahí. Los manglares —matorrales espesos que medio flotaban en el agua estancada— llegaban casi al borde de la pista. Si se desviaba un par de metros en cualquier dirección, las ruedas podían atascarse. Y eso sería suficiente para destruir el avión.

El piloto apretó varios interruptores. El motor dejó de funcionar y las dos hélices redujeron su velocidad y se detuvieron. Miró por la ventana. Había un *jeep* aparcado cerca de uno de los edificios y un solo hombre —la mancha roja en la pantalla— los esperaba. Se volvió hacia sus pasajeros. —Ahí está.

El mayor de los dos asintió. Carlo tenía unos treinta años y un pelo negro y rizado. No se había afeitado. Una barba incipiente color ceniza orlaba su mentón. Se volvió hacia el otro pasajero.

—¿Marc? ¿Estás listo?

El hombre que se hacía llamar Marc podría haber sido el hermano menor de Carlo. Debía rondar los veinticinco y, aunque trataba de ocultarlo, estaba asustado. Había sudor en un lado de su cara, que resplandecía en verde a la luz del panel de control. Se colocó a su espalda y sacó una pistola, una Glock alemana automática de 10 mm. Comprobó

el cargador, luego lo metió en la parte de atrás de sus pantalones, bajo la camisa.

—Listo —dijo.

—Solo es uno. Nosotros somos dos —Carlo trataba de tranquilizar a Marc. O quizá intentaba tranquilizarse a sí mismo—. Los dos estamos armados. No puede hacernos nada.

—Vamos.

Carlo se volvió hacia el piloto.

—Ten el avión preparado —le ordenó—. Cuando volvamos, te haré una señal —levantó una mano, para formar una O con el pulgar y otro dedo—. Esto te indicará que el negocio ha ido bien. Enciende entonces el motor. No queremos quedarnos ni un solo segundo después de acabar el asunto.

Salieron del avión. Había una delgada capa de grava sobre la pista, que crujió bajo sus botas militares mientras se dirigían a la puerta de carga. Podían sentir el terrible calor del aire, la pesadez del cielo nocturno. La isla entera parecía contener la respiración. Carlo llegó y abrió la puerta. En la parte trasera del avión había un contenedor negro, de alrededor de dos metros por uno. Entre Marc y él lo bajaron al suelo, con dificultad.

El hombre más joven echó una ojeada. Las luces de aterrizaje lo deslumbraron, pero llegó a ver una figura tan inmóvil como una estatua parada junto al *jeep*, esperando que se acercasen. No se había movido desde que el avión tomó tierra.

—¿Por qué no se acerca? —preguntó.

Carlo escupió y no dijo nada.

Había dos asas, una a cada lado del contenedor. Lo transportaron entre los dos, caminando con torpeza, inclinados sobre su carga. Les llevó largo rato llegar hasta el *jeep*. Pero lo consiguieron finalmente. Por segunda vez, bajaron la caja.

Carlo se enderezó, limpiándose las palmas de las manos en los vaqueros.

—Buenas noches, general —dijo. Hablaba en inglés, aunque no era su idioma nativo. Ni tampoco lo era del general. Pero era el único lenguaje que tenían en común.

—Buenas noches —el general no se molestó en decir nombres que sabía eran falsos—. ¿Algún problema durante el viaje?

—Ninguno, general.

—¿Lo tienen?

—Un kilo de uranio militar. Suficiente como para construir una bomba capaz de destruir una ciudad. Me gustaría saber qué ciudad tiene en mente.

El general Alexei Sarov dio un paso adelante y las luces de la pista lo iluminaron. No era un hombre alto, aunque había algo en él que irradiaba poder y control. Y lo siguió manteniendo durante sus años en el ejército. Era visible en su pelo gris hierro, muy corto, en sus observadores ojos azul pálido, su rostro casi inexpresivo. Su apariencia era perfecta; relajado y cauteloso a un mismo tiempo. El general Sarov tenía sesenta y dos años pero parecía veinte más joven. Vestía un traje oscuro, camisa blanca y una estrecha corbata azul. Con el húmedo calor de la noche, aquellas ropas tenían que haber estado arrugadas. Debiera haber estado sudando. Pero, por su aspecto, bien podría haber salido directamente de una habitación con aire acondicionado.

Se agachó junto al contenedor, al tiempo que sacaba un pequeño artefacto del bolsillo. Parecía un encendedor de coche con un dial. Encontró un hueco en el costado de la caja y metió allí el artefacto. Examinó un instante el dial. Asintió. Era satisfactorio.

—¿Tiene el resto del dinero? —preguntó Carlo.

—Por supuesto —el general se enderezó y se dirigió al jeep. Carlo y Marc se pusieron nerviosos... ese era el momento en que podía sacar un arma. Pero cuando se volvió llevaba en las manos un maletín de piel negra. Soltó los cie-

res y lo abrió. El maletín estaba repleto de billetes: dólares de a cien formando fajos de cincuenta. Cien fajos en total. Medio millón de dólares. Más dinero del que Carlo hubiera visto en toda su vida.

Pero no era suficiente.

—Tenemos un problema —dijo Carlo.

—¿Sí? —la voz de Sarov no sonó sorprendida.

Marc podía sentir el sudor deslizándose por su garganta. Un mosquito zumbaba junto a su oído, pero resistió la tentación de dar un manotazo. Había llegado el momento. Estaba alejado unos pasos, las manos colgando a los costados. Lentamente las llevó atrás, hacia el arma oculta. Echó una ojeada a los ruinosos edificios. Uno fue otrora una torre de control. El otro parecía una aduana. Pero ambos estaban en ruinas y vacíos, con el ladrillo carcomido y las ventanas rotas. ¿Habría alguien oculto allí? No. El sensor térmico los habría mostrado. Estaban solos.

—El precio del uranio —Carlo se encogió de hombros—. Nuestro amigo de Miami le envía sus disculpas. Pero hay nuevos sistemas de seguridad en todo el mundo. El contrabando, sobre todo de este tipo, se ha convertido en algo muy difícil. Eso significa gastos extras.

—¿Cuánto supone el gasto extra?

—Un cuarto de millón de dólares.

—Eso es una pena.

—Una pena para usted, general. Es usted quien tiene que pagar.

Sarov se lo pensó un momento.

—Teníamos un trato.

—Nuestro amigo de Miami confiaba en que usted lo entendiese.

Hubo un largo silencio. Los dedos de Marc fueron a su espalda y se cerraron sobre la automática Glock. Pero Sarov asintió.

—Tendré entonces que aportar el dinero —dijo.

—Puede hacer la transferencia por el mismo conducto que ya hemos usado antes —dijo Carlo—. Pero déjeme que le advierta de una cosa, general. Si el dinero no ha llegado en tres días, el espionaje estadounidense sabrá lo que ha sucedido aquí esta noche... y qué es lo que ha recibido usted. Puedo asegurarle que ya no podrá volver a considerarse a salvo.

—Me esta amenazando —murmuró Sarov. Había algo que era a la vez sereno y mortífero en la forma que tenía de hablar.

—No es nada personal —se defendió Carlo.

Marc sacó una bolsa de tela. La abrió y traspasó el dinero del maletín a la misma. El maletín podía contener un radiotransmisor. O una bomba pequeña. Lo apartó.

—Buenas noches, general —dijo Carlo.

—Buenas noches —sonrió Sarov—. Espero que tengan un feliz vuelo.

Los dos hombres se marcharon. Marc podía sentir el dinero, los fajos presionando a través de la tela contra su pierna.

—Ese tío es un loco —murmuró, ahora en su propio lenguaje—. Un viejo. ¿Qué tenemos que temer?

—Salgamos de aquí —respondió Carlo. Estaba pensando en lo que le había dicho el general: *Qué tengan un feliz vuelo*. ¿No sonreía al decirlo?

Hizo la señal convenida, juntando el índice con el pulgar. El motor del Cessna se encendió en el acto.

El general Sarov aún los observaba. No se había movido, pero su mano fue una vez más al bolsillo de la chaqueta. Sus dedos se cerraron sobre el radiotransmisor. Se había preguntado si sería necesario matar a los dos hombres y a su piloto. La verdad es que prefería no hacerlo, ni siquiera como medida preventiva. Pero sus exigencias lo habían hecho necesario. Tenía que haber previsto que serían codiciosos. Dada la clase de gente que eran, resultaba casi inevitable.

En el avión, los dos hombres se habían sentado y puesto los cinturones de seguridad mientras el piloto preparaba el despegue. Carlo escuchó cómo el motor ganaba revoluciones y el avión comenzaba a girar lentamente. Lejos, resonó un trueno. Ahora deseó que hubiera dado la vuelta al avión inmediatamente después de aterrizar. Hubiera ahorrado unos segundos preciosos y estaba ansioso de alejarse, en vuelo.

Que tengan un feliz vuelo.

No había habido ningún tipo de emoción en la voz del general. Podía querer decir lo que estaba diciendo. Pero Carlo tenía la sensación de que podía haber hablado exactamente igual al pronunciar una sentencia de muerte.

A su lado, Marc seguía contando el dinero, haciendo correr las manos por los fajos de billetes. Miró a los ruinosos edificios, al jeep parado. ¿Iba a intentar algo Sarov? ¿Con qué tipo de recursos contaba en la isla? Pero mientras el aeroplano describía un círculo cerrado, nada se movió. El general seguía donde antes. No había nadie a la vista.

Las luces de la pista se apagaron.

—¿Qué diablos...? —el piloto juró desesperadamente.

Marc dejó de contar. Carlo entendió de inmediato lo que había ocurrido.

—Ha apagado las luces —dijo—. Quiere impedir que despeguemos. ¿Puedes hacerlo sin ellas?

El avión había trazado ya un semicírculo, de forma que apuntaba hacia la pista de nuevo. El piloto miró a través del parabrisas del avión, tratando de ver algo en mitad de la noche. Estaba ahora todo muy oscuro, pero había una especie de luz fea y antinatural en el aire. Asintió.

—No será fácil, pero...

Las luces volvieron a encenderse.

Allí estaban, alejándose en la distancia; una flecha que apuntaba a la libertad y a una bonificación extra de un cuarto de millón de dólares. El piloto se relajó.

—Tiene que haber sido la tormenta —dijo—. Debíó cortar la corriente.

—Tú sácanos de aquí —murmuró Carlo—. Cuanto antes estemos en el aire, más feliz me sentiré.

El piloto cabeceó.

—Tú mandas.

Inclinó los controles y el Cessna avanzó, ganando velocidad con rapidez. Las luces de la pista se hicieron borrosas, guiándoles hacia delante. Carlo se recostó en el asiento. Marc estaba mirando por la ventana.

Y entonces, segundos antes de que las ruedas abandonasen el suelo, el avión comenzó a dar bandazos. El mundo entero se agitó como si una mano gigantesca e invisible lo hubiese agarrado y oprimiese sus extremos. El Cessna había estado rodando a ciento cincuenta kilómetros por hora. Se detuvo chirriando en cuestión de segundos, y la deceleración envió a los tres hombres adelante en sus asientos. De no haber llevado cinturones de seguridad, hubieran salido por el parabrisas, o lo que quedaba del cristal reventado. Al mismo tiempo hubo una serie de ensordecedores estampidos cuando algo azotó el fuselaje. Una de las alas perdió el motor, que desapareció dando vueltas en la oscuridad. De repente el avión quedó inmóvil, reclinado sobre uno de sus costados.

Durante un momento, nadie se movió dentro de la cabina. Los motores del avión traquetearon y se detuvieron. Luego Marc se incorporó en su asiento.

—¿Qué ha pasado? —gritó—. ¿Qué ha pasado?

Sentía un regusto amargo en la lengua. La sangre le bajaba por el mentón. La bolsa estaba aún abierta y el dinero se había desparramado por su regazo.

—No entiendo que... —el piloto estaba demasiado aturdido para poder hablar.

—¡Te has salido de la pista! —el rostro de Carlo estaba contorsionado por la impresión y la rabia.

—¡No!

—¡Mira! —Marc estaba señalando algo y Carlo siguió su dedo tembloroso. La trampa inferior del avión se había desencajado. Estaba entrando agua negra, formando un charco bajo sus pies.

Resonó otro trueno, cerca esta vez.

—¡Lo ha hecho él! —dijo el piloto.

—¿Ha hecho qué? —exigió saber Carlo.

—¡Ha desplazado la pista!

Había sido un truco sencillo. Mientras el avión giraba, Sarov había apagado las luces de la pista usando el radiotransmisor de su bolsillo. Durante un instante, el piloto había quedado desorientado, perdido en la oscuridad. Luego el avión había concluido su giro y las luces habían vuelto. Pero lo que no sabía, lo que no había podido ver, era que lo que se había encendido era un segundo juego de luces... y que esas corrían en ángulo, apartándose de la seguridad de la pista para entrar en el pantano.

—Nos ha metido en los manglares —dijo el piloto.

Fue entonces cuando Carlo entendió lo que le había ocurrido al avión. Desde el momento en que las ruedas habían tocado el agua, su destino había quedado sellado. Sin tierra firme, el avión había comenzado a hundirse y desequilibrarse. Las aguas pantanosas estaban entrando, mientras se hundían lentamente. Las ramas de los árboles del manglar que casi habían desgarrado el avión los rodeaban como barrotes de una prisión viviente.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Marc, y su voz sonaba de repente como la de un crío—. ¡Nos hundimos!

—¡Hay que salir! —Carlo había sufrido lesiones en la colisión. Movié a duras penas un brazo, soltando el cinturón de seguridad.

—¡No debimos tratar de engañarlo! —gritó Marc—. Sabías cómo era. Te dijeron que...

—¡Cállate! —Carlo también tenía una pistola. La sacó de la pistolera bajo la camisa y se la puso sobre las rodillas—.

Vamos a salir de aquí y encargarnos de él. Y luego saldremos de alguna forma de esta maldita isla.

—Hay algo ahí... —comenzó el piloto.

Algo se había movido en el exterior.

—¿Qué es eso? —susurró Marc.

—Shhhh —Carlo se incorporó a medias, llenando el aplastado interior de la cabina. El avión se inclinó de nuevo, hundiéndose más en el pantano. El hombre perdió el equilibrio y se adelantó. Se estiró más allá del piloto, como si fuera a salir por el destrozado parabrisas.

Algo inmenso y horrible se lanzó contra él, ocultando las lucecitas que brillaban en el cielo nocturno. Carlo gritó cuando el ser metió la cabeza en el avión, buscándolo. Hubo un resplandor blanco y un espantoso sonido de terror. Los otros dos hombres estaban gritando también.

El general Sarov seguía observando. No llovía, pero la atmósfera estaba llena de humedad. Hubo un relámpago que pareció cruzar los cielos casi a cámara lenta, como regodeándose. En ese momento pudo ver al Cessna de lado, medio hundido en el pantano. Ahora había media docena de cocodrilos rondando alrededor. El más grande de ellos se había metido de cabeza en la cabina. Solo era visible su cola; que se agitaba mientras devoraba.

Se inclinó y agarró el contenedor negro. Aunque se habían necesitado dos hombres para llevarlo, no parecía pesar nada en sus manos. Lo dejó en el jeep, luego retrocedió. Se permitió el raro placer de una sonrisa y la sintió, brevemente, entre los labios. A la mañana siguiente, cuando los cocodrilos hubieran acabado su trabajo, enviaría a sus campesinos —los *macheteros*— a recuperar el dinero. El dinero no era lo importante. Era dueño de un kilo de uranio militar. Tal y como Carlo había dicho, podía destruir una pequeña ciudad.

Pero Sarov no tenía intención alguna de destruir una ciudad.

Su objetivo era el mundo entero.

2. Punto de partido

ALEX paró la pelota con el pecho, la hizo rebotar y la lanzó al fondo de la red. Fue entonces cuando vio al hombre del gran perro blanco. Era una cálida y brillante tarde de viernes, con un tiempo entre la primavera tardía y el verano adelantado. Era solo un partido de entrenamiento, pero Alex se lo estaba tomando con la mayor seriedad. El señor Wiseman, que enseñaba PE, lo había seleccionado para el equipo titular y estaba pensando en jugar contra otros colegios del oeste de Londres. Por desgracia su colegio, Brookland, no tenía su propio patio de juego. Era un colegio público y cualquiera podía pasar por allí. Y llevar también sus perros.

Alex reconoció al instante al hombre y su corazón le dio un vuelco. Al mismo tiempo sintió cómo lo vencía el enfado. ¿Cómo se atrevía a ir allí, al campo del colegio, en mitad de un partido? ¿Es que esa gente no lo iba a dejar en paz nunca?

El hombre se llamaba Crawley. Con ese pelo ralo, rostro manchado y ropas anticuadas, parecía un militar de bajo rango o puede que un profesor de una escuela privada de medio pelo. Pero Alex sabía la verdad. Crawley pertenecía al MI6. No era exactamente un espía, sino más bien un hombre que formaba parte de ese mundillo. Crawley era un ejecutivo en uno de los oficios más secretos del mundo. Arreglaba el papeleo, los trámites, los encuentros. Cuando alguien moría con un cuchillo en la espalda o un tiro en el